

<http://gregoryzambrano.wordpress.com/>

LAS FICCIONES DEL PODER: ENTRE EL ESTADO MECENAS Y EL INTELLECTUAL AGRADECIDO

Gregory Zambrano

En: Carmen Díaz Orozco (comp.), *Laberintos del poder*, Mérida, Universidad de Los Andes, Vicerrectorado Académico, 2006, pp. 229-239.

Del panegírico como una de las Bellas Artes

El proceso de secularización que vivió Venezuela durante las últimas tres décadas del siglo XIX, instauró una nueva simbología. Ésta no sólo fue sustituyendo la icónica religiosa sino que erigió, como previniendo una nueva fe en el hombre y sus poderes, una peculiar referencialidad. En ella la “patria” tendría sus mejores espejos: junto a la historia heroica como relato destacó a los héroes como artífices, junto a los hombres notables, se prefiguró para el uso y abuso, la imagen del pueblo reivindicado que se modelaba a partir de los ejemplos de los buenos ciudadanos. Para reproducir la nueva icónica, los artistas, los intelectuales en un número importante, se sumaron a la dádiva de ese poder que había percibido en el prestigio de sus oficiantes, la manera de convertir las artes, la música y la literatura, en un espacio de privilegio por donde irían los derroteros del nuevo orden que imponía, por encima de todo el culto a los héroes militares. Un ejemplo de esa tendencia es el haberse institucionalizado los relatos de Eduardo Blanco, titulados “Cuadros venezolanos” bajo el título unitario de *Venezuela heroica*, publicado en 1881. Toda esta épica sería dedicada como una “Ofrenda del autor al Libertador Simón Bolívar”. Dice el pórtico de una edición de la obra:

**LAS FICCIONES DEL PODER:
ENTRE EL ESTADO MECENAS Y EL INTELLECTUAL AGRADECIDO**

Gregory Zambrano

El autor de *Venezuela heroica* fue coronado en Caracas en una velada artístico-literaria, verdadera apoteosis, celebrada en el Teatro Municipal, la noche del 28 de julio de 1911, seis meses antes de morir. Aquella manifestación, promovida por el señor Doctor Emilio Constantino Guerrero, quien para la mencionada fecha ejercía la Presidencia de la República, bien puede conceptuarse como única en Venezuela. En ella tomaron participación las academias de la Lengua y de la Historia, a las cuales pertenecía el laureado; la prensa, que le ofrendó una pluma de oro; los literatos, los poetas y las más distinguidas damas de la alta sociedad de Caracas”¹.

Diversas indagaciones han demostrado fehacientemente el modo como en el transcurso del siglo XIX, pero especialmente durante los dilatados periodos gubernamentales de Antonio Guzmán Blanco, se generó toda una política de acercamiento a la intelectualidad y a los artistas para generar como parte del culto a la personalidad del héroe, la política del panegírico. Como consecuencia de ello se fue produciendo la institucionalización de la dádiva. Escribe Eduardo Carreño: “El caudillo es el que da. Convencido de que nada puede por sí mismo, el prosélito lo espera todo del caudillo: éste ha de convertirse en Providencia pública y cornucopia de todo tipo de favores. El caudillo se presenta como el remedio universal de todas las carencias”².

Ésta era la respuesta ante la prolijidad de aquel presidente, sabedor de todas las artes y las letras, que reconocía la fidelidad otorgando encargos para los escultores, premiando a quienes le seguían el juego y expidiendo los beneficios de las becas y los cargos diplomáticos. Por otra parte, se hacía acompañar de estratagemas para deshacerse de sus opositores. De esto ha quedado un interesante anecdotario que muestra cómo la dádiva desde el poder divide y corrompe, lo cual

¹ Eduardo Blanco, *Venezuela heroica*, Caracas, Fundación Cadafe, 1982, p. 13.

² Luis Britto García, *La máscara del poder. 1. Del gendarme necesario al demócrata necesario*, Caracas, Alfadil Ediciones, 1988, p. 226.

**LAS FICCIONES DEL PODER:
ENTRE EL ESTADO MECENAS Y EL INTELLECTUAL AGRADECIDO**

Gregory Zambrano

sin ser una cualidad única de la historia política venezolana, tiene en nuestro país matices verdaderamente curiosos³.

Por una parte, se ha evidenciado la presencia de ciudadanos probos que aún pudiendo por sus méritos intelectuales servir y aprovecharse del momento, optaron por el camino de la resistencia, condenándose a la miseria y a la persecución. Uno de los casos más emblemático sería el de Cecilio Acosta, a quien el régimen le negó la oportunidad del menor trabajo en la docencia pública para que pagara el delito de la disidencia. El caso de Acosta frente al régimen de Guzmán es visto al trasluz de los años como un ejemplo de probidad y dignidad, que en mucho ayuda a acrecentar la fortaleza de su obra, reconocida por sus contemporáneos, elogiada por José Martí al momento de valorar sus dotes intelectuales y ciudadanas en la semblanza que le dedicara en la segunda entrega de su *Revista venezolana*⁴.

La preeminencia megalómana de Guzmán Blanco era contrarrestada por el silencio discreto de Acosta quien asumió como una responsabilidad civil reordenar la opinión pública de los ciudadanos, despertarlos de ese letargo que formaba parte de la herencia colonial. En ese marco de transformaciones que imponía el septenio guzmancista, Cecilio Acosta encendía las páginas de *La tribuna liberal*. Según testimonios era la humildad y la prudencia del ser reflexivo que se fortalecía frente a otra personalidad controvertida, vehemente y autoritaria⁵.

Mientras que un buen grupo de intelectuales y artistas sucumbieron ante la lisonja y los favores, y otros muchos terminaron por conformar un grupo de aduladores y seguros servidores; también se hallan las excepciones, además de Cecilio Acosta, Juan Antonio Pérez Bonalde, Nicanor Bolet Peraza, entre muchos otros.

Dentro de esa digna manera de colocarse frente a las tentadoras opciones de poder, dinero y representatividad, tenemos también la presencia de artistas cuya

³ Véase Eduardo, Carreño, *Vida anecdótica de venezolanos*, Caracas, Talleres Litográficos de Crisol, 1947.

⁴ José Martí, "Cecilio Acosta", en *Revista venezolana*, 15 de julio de 1881. Edic. crítica de Ramón Losada Aldana, Caracas, UCV, 1993, pp. 72-84.

⁵ Véase Domingo Miliani, et al., *Vigencia de Cecilio Acosta*, Maracaibo, Universidad Católica Cecilio Acosta, 2002.

**LAS FICCIONES DEL PODER:
ENTRE EL ESTADO MECENAS Y EL INTELLECTUAL AGRADECIDO**

Gregory Zambrano

obra, sin menoscabo de su calidad plástica, se alineaban frente a la demanda de fidelidad y apego a las políticas de turno. Tal es el caso de Martín Tovar y Tovar, el “pintor oficial del régimen, y por tanto uno de los responsables de los nuevos símbolos. Sus monumentales cuadros sobre motivos históricos contribuyeron en gran medida a la creación de una mitología, todo un universo simbólico, en torno a la Patria”⁶.

Igual sucede con otros artistas plásticos, como Arturo Michelena. Pero, en caso contrario, tenemos el de escritores como Nicanor Bolet Peraza, en principio seguidor de las políticas de Guzmán y luego, estrategia intelectual de la oposición, a quien Guzmán no sólo eliminó del cuerpo de redactores del periódico *La Opinión Nacional* sino que emitió una moción para que se le relevara como secretario de la cámara de diputados, en mayo de 1877⁷.

Célebre es también la posición de escritores que, como Pérez Bonalde, se le opuso desde el interior y desde fuera del país. Su exilio se suma al de tantos intelectuales que, imposibilitados de vivir en el país, no lograron desprenderse de la añoranza del terruño, y sucumbieron definitivamente en el destierro: “Los arranques de vanidad que se le atribuyen a Guzmán en relación con el arte, o con cualquier otro asunto, se suelen comprender como indicadores de su temperamento autoritario, personalista y narcisista y, por tanto, como elementos que entorpecieron, aunque no destruyeron, su labor civilizadora”⁸. Se impone siempre su megalomanía y el modo muchas veces despectivo con que trataba a sus colaboradores: “En sus gabinetes, en sus consejos de estado, él es el único que piensa –dice José Antonio Cova, uno de sus biógrafos- No necesito ni quiero sino

⁶ Paulette Silva Beauregard, *Una vasta comarca de enmascarados. Poesía, cultura y modernización en Venezuela a finales del siglo XIX*, Caracas, La Casa de Bello, 1993, p. 46.

⁷ Salvador Morales, *Martí en Venezuela, Bolívar en Martí*. La Habana, Editora Política, 1985, p. 4.

⁸ Silva Beauregard, op. cit., 50.

Gregory Zambrano

ministros escribientes, que no piensen pues quien piensa y sólo puede pensar soy yo, que pienso siempre con mi cabeza mía”⁹.

La gratitud frente al poder y el ascenso social

La lista de favorecidos también podría ser larga, pero me interesa destacar el sistema dádivoso que compra conciencias a cambio de beneficios personales, sean económicos, de posición social y poder político. Esta praxis se va a repetir de manera estable a lo largo de la transición de gobiernos y tiempos. Al alba del siglo XX, Cipriano Castro sumó una buena cuota de poder para aliar a su favor a intelectuales destacados. El mismo Gonzalo Picón Febres fue beneficiario de la confianza y el apoyo del presidente. La dedicatoria de su obra *La literatura venezolana en el siglos diez y nueve* (1906) es elocuente: “Convencido yo del interés patriótico que os anima por todo cuanto de alguna suerte pueda contribuir al acrecentamiento del tesoro de nuestras letras, sé bien que no desdeñáis ningún esfuerzo que se haga con aquel noble designio [...] al mismo tiempo me permitiréis poner al frente de ella vuestro famoso nombre, singularmente caracterizado en nuestros patrios anales por los altos hechos que lo harán imperecedero”¹⁰. Y se sabe que caído Castro, Picón Febres, quien había sido diplomático de altos cargos y un político beligerante, retornó a Mérida, su patria chica, a servir como académico a la Universidad de Los Andes.

Otros casos célebres de compromiso con el poder de turno, aunque a veces se ven de manera tangencial, es el de Manuel Díaz Rodríguez, Teresa de la Parra, José Antonio Ramos Sucre o Julio Garmendia, quienes ostentaron puestos diplomáticos al servicio del gobierno de Gómez. Por supuesto que los visos de permanencia en el poder y el atractivo que esto genera, crea una conciencia social de clase (la intelectual) que le hace distinguida. La diferenciación de las posiciones

⁹ José Antonio Cova, *Guzmán Blanco, su vida y su obra*, Caracas, Ávila Gráfica, 1950, p. 74.

¹⁰ Gonzalo Picón Febres, “Al Benemérito señor General Cipriano Castro, Restaurador de Venezuela y Presidente Constitucional de la República”, en *La Literatura Venezolana en el siglo XIX*, Buenos Aires, Ayacucho, 1947, p. 5.

**LAS FICCIONES DEL PODER:
ENTRE EL ESTADO MECENAS Y EL INTELLECTUAL AGRADECIDO**

Gregory Zambrano

políticas que se ventilaban en los periódicos, también se evidencia en las posturas frente a la literatura. Como ejemplo, tenemos la opinión que despliega Picón Febres en *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve* acerca de *Ídolos rotos* (1901). Dice el merideño de esta novela:

Ídolos rotos huele a odio en todos sus capítulos, trasciende a desprecio por Caracas, respira cruel venganza. Para Alberto Soria, tanto como Díaz Rodríguez, cuyos temperamentos puede decirse que son coesenciales, todo en Caracas es atroz, todo es podrido, cursi, demasiado irrisorio, asaz infame, asqueroso y canallesco [...] En cambio, hay motivos vehementes para suponer con éxito que en Alberto Soria existe arraigada la creencia de que en París, pongo por caso, todo es bueno, todo hermoso, todo aristocrático, todo arcádico y sublime”¹¹.

A lo que Díaz Rodríguez responde de manera irónica: “Al rechazar como lo rechazo, el injusto reproche que hace usted a Alberto Soria y, siguiendo su fatal sistema de crítica, a mí también, de odiar desatinadamente a Caracas ¿Es posible? ¿Habré leído mal? Y he vuelto a leer una, y otra, y otra vez, hasta no quedarme duda: según usted, el protagonista y el autor de *Ídolos rotos* odian atrozmente a Caracas. ¿No se habrá usted confundido con otro autor y otra novela?”¹². En el trasfondo del comentario de Picón Febres existe una velada toma de posición contra el modo como en la novela se representan las tropelías del gobierno de Cipriano Castro.

Hay en la crítica una postura política frente a la crudeza de la novela al radiografiar la situación de la Venezuela finisecular. Y la novela es un pórtico a lo que abiertamente apoyaría Díaz Rodríguez con la llegada de Juan Vicente Gómez al poder en 1908. En un discurso pronunciado por Díaz Rodríguez, el 21 de abril de 1909 en el Teatro Caracas, con motivo de la “instalación pública y solemne de la Sociedad Patriótica”, decía el novelista dirigiéndose a Gómez:

¹¹ Picón Febres, *Ibíd.*, pp. 400-401

¹² Manuel Díaz Rodríguez, “Epístola ingenua”, en *Sermones líricos*, Caracas, Ediciones Nueva Cádiz, s.f., pp. 167-178.

**LAS FICCIONES DEL PODER:
ENTRE EL ESTADO MECENAS Y EL INTELLECTUAL AGRADECIDO**

Gregory Zambrano

Señor Presidente de la República: La Sociedad Patriótica se complace en vuestra presencia, porque vuestra presencia entre nosotros dice como ha cesado un régimen nefasto, enemigo de toda asociación, y es al mismo tiempo augurio feliz de que no quedarán baldías e inútiles nuestras patrióticas faenas. En vez del ojo suspicaz de un régimen absoluto, seguirá nuestros pasos el ojo atento y benévolo de un gobierno consciente de que necesita, para su misma firmeza, de la colaboración espontánea y universal de los ciudadanos¹³.

Y ya sabemos en qué se convirtió la firmeza de ese gobierno. En el caso específico de Gómez, muchos intelectuales aprovecharon la coyuntura para situarse en el rango de los seguros servidores, y algo de la historia les salpicaría, no obstante haberse constituido, como un todo en lo que se dado en llamar “Las luces del gomecismo”¹⁴. El sistema de dádivas que había iniciado toda una cultura de retribuciones por parte de los caudillos rurales del siglo XIX cambió el rostro, o se enmascaró en el siglo XX para situarse en el remedio de una clientela cada vez más creciente. La dádiva está en el germen del populismo. Para el caso de Venezuela, Luis Britto García escribió en 1988: “el populismo puede otorgar espaciadamente a las masas reivindicaciones que no tienen que arrebatarse a las clases dominantes, o que le son crecidamente compensadas a éstas mediante subsidios, alicientes tributarios u otras políticas proteccionistas. [...] La renta petrolera recaudada por el Estado creó este *desideratum* ideal de una riqueza disponible sin serios conflictos con las clases dominantes. Es un botín que se saquea a la totalidad de la nación y a las generaciones futuras”¹⁵.

Entre el autoritarismo y el convencimiento: el mejor de los mundos

¹³ Manuel Díaz Rodríguez, “Discurso pronunciado en el Teatro Caracas la noche del 21 de abril de 1909, en el acto de la instalación pública y solemne de la Sociedad Patriótica”, en *Sermones líricos*, Caracas, Ediciones Nueva Cádiz, s. f, p. 40.

¹⁴ Véase Yolanda Segnini, *Las luces del gomecismo*, Caracas, Alfadil, 1987.

¹⁵ Britto García, op. cit., pp. 230-231.

Podría enumerar varios ejemplos, pero lo que me interesa destacar es que la historia lleva sus vueltas y pareciera retornar para, cambiando de actores, enfatizar los mismos movimientos. Todo pareciera radicar en un ejercicio autoritario del poder, independientemente de su legitimidad.

En este sentido, la condena o defensa de la autocracia, y con ello las consecuencias de la represión, el encarcelamiento, el fenómeno de exilio, el silenciamiento, la desaparición forzosa y muerte de los opositores, son parte de un conjunto de problemas derivados de la violencia ejercida desde el poder. Esto ha construido, cambiado y sacudido el rumbo de la historia de los países que la han padecido. El resultado de tales procesos ha sido relatado por discursos oficiales que, asumiendo diversas formas de expresión, los han justificado.

Pero también son notables los otros, los que han tratado de contradecir esa historia oficial que tergiversa los hechos y los justifica. Existe un discurso no oficial que por distintos medios, en el periodismo, en la cátedra, en los medios audiovisuales, en el testimonio y la literatura, han tratado de mostrar la otra cara de estas realidades, una especie de historia íntima de tales procesos¹⁶. Todo poder, incluido el democrático, pero sobre todo el poder autoritario, el totalitario, aquel que quiere controlar el movimiento de la sociedad, la vida entera de un país, de una nación, quiere siempre convencernos de que la vida está bien hecha, de que la realidad que ese poder maneja, organiza, encamina, va en la buena dirección y que vivimos en el mejor de los mundos. Es natural, esa es la justificación de todo poder¹⁷.

El poder tras la máscara: restaurador de las leyes y el orden

¹⁶ Véase Gregory Zambrano, "Mario Vargas Llosa y la política de la violencia en América Latina (A propósito de dictadores y novelas). Publicado en Roland Forgues (ed.), *Mario Vargas Llosa, escritor, ensayista, ciudadano y político*, Lima, Editorial Minerva, 2001, 277-301.

¹⁷ Mario Vargas Llosa, *Literatura y política*, México, Ariel-Cátedra Alfonso Reyes (ITESM), p. 57.

**LAS FICCIONES DEL PODER:
ENTRE EL ESTADO MECENAS Y EL INTELLECTUAL AGRADECIDO**

Gregory Zambrano

El tiempo, el desgaste y el agotamiento de los modelos hacen que los sectores no favorecidos con las dádivas despierten. Y así como cayeron sus modelos políticos también cayeron sus símbolos. Guzmán cometió la insensatez de hacerse levantar estatuas; pintarse en Santa Teresa “con manto y túnica de Evangelista; de hacerse acuñar en una misma medalla con Bolívar, poniendo a éste en segundo término; dar a una Basílica de Caracas los dos nombres de su esposa Ana Teresa; aceptar los títulos de “Ilustre Americano” y “Regenerador de Venezuela; decretar su propio nombre para Estados, Departamentos, plazas, paseos públicos y teatros; levantar estatuas a su padre y declararle “Ilustre prócer de la Independencia” y como tal mandar a colocar su retrato en el salón de sesiones del Congreso; igualmente se hizo nombrar Doctor y Rector de la muy Ilustre Universidad Central”¹⁸. La historia mostró cómo terminó ese endiosamiento. A igual como sucedió en otro lugar, no muy distante en la geografía americana, la Nicaragua de Ernesto Cardenal: “No es que yo crea que el pueblo me erigió esta estatua/ porque yo sé mejor que vosotros que la ordené yo mismo/ Ni tampoco que pretendo pasar con ella a la posteridad/ porque yo sé que el pueblo la derribará un día/ Ni que haya querido erigirme a mí mismo en vida/ el monumento que muerto no me erigiréis vosotros: sino que erigí esta estatua porque sé que la odiáis”¹⁹.

Este poema de Ernesto Cardenal, titulado “Somoza develiza la estatua de Somoza en el estadio Somoza”, podría leerse como una gran ironía al focalizarse desde la voz del personaje histórico que se sabe odiado a fuerza de imponer su imagen y sus símbolos. Así han caído otras estatuas, como un efecto simbólico del desmoronamiento del caudillo, de su poder y lo que ello representa. Pero así también caen los discursos justificatorios, las loas y alabanzas, todo en un momento de la historia que miramos hoy sobre el hombro, como si el pasado no se reflejara en el espejo de lo que habrá de verse al despertar de un día cualquiera.

¹⁸ Cova, op. cit., p. 177.

¹⁹ Ernesto Cardenal, *Poesía de uso (Antología 1949-1978)*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1979, p. 63.

**LAS FICCIONES DEL PODER:
ENTRE EL ESTADO MECENAS Y EL INTELLECTUAL AGRADECIDO**

Gregory Zambrano

Mérida, noviembre 2005.

Referencias Bibliográficas

Blanco, Eduardo, *Venezuela heroica*, Caracas, Fundación Cadafe, 1982.

Britto García, Luis, *La máscara del poder. 1. Del gendarme necesario al demócrata necesario*, Caracas, Alfadil Ediciones, 1988.

Cardenal, Ernesto, *Poesía de uso (Antología 1949-1978)*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1979.

Carreño, Eduardo, *Vida anecdótica de venezolanos*, Caracas, Talleres Litográficos de Crisol, 1947.

Cova, José Antonio, *Guzmán Blanco, su vida y su obra*, Caracas, Ávila Gráfica, 1950.

Díaz Rodríguez, Manuel, “Discurso pronunciado en el Teatro Caracas la noche del 21 de abril de 1909, en el acto de la instalación pública y solemne de la Sociedad Patriótica”, en *Sermones líricos*, Caracas, Ediciones Nueva Cádiz, s.f., pp. 27-44.

-----, “Epístola ingenua”, en *Sermones líricos*, Caracas, Ediciones Nueva Cádiz, s.f., pp. 167-178.

Forgues, Roland (ed.), *Mario Vargas Llosa, escritor, ensayista, ciudadano y político*, Lima, Editorial Minerva, 2001.

Martí, José, “Cecilio Acosta”, en *Revista venezolana*, 15 de julio de 1881. Edic. crítica de Ramón Losada Aldana, Caracas, UCV, 1993.

**LAS FICCIONES DEL PODER:
ENTRE EL ESTADO MECENAS Y EL INTELLECTUAL AGRADECIDO**

Gregory Zambrano

Miliani, Domingo et al., *Vigencia de Cecilio Acosta*, Maracaibo, Universidad Católica Cecilio Acosta, 2002.

Morales, Salvador, *Martí en Venezuela, Bolívar en Martí*. La Habana, Editora Política, 1985.

Picón Febres, Gonzalo, “Al Benemérito señor General Cipriano Castro, Restaurador de Venezuela y Presidente Constitucional de la República”, en *La Literatura Venezolana en el siglo XIX*, Buenos Aires, Ayacucho, 1947, p.5.

Segnini, Yolanda, *Las luces del gomecismo*, Caracas, Alfadil, 1987.

Silva Beauregard, Paulette, *Una vasta comarca de enmascarados. Poesía, cultura y modernización en Venezuela a finales del siglo XIX*, Caracas, La Casa de Bello, 1993.

Vargas Llosa, Mario, *Literatura y política*, México, Ariel-Cátedra Alfonso Reyes (ITESM), 2001.

Zambrano, Gregory, “Mario Vargas Llosa y la política de la violencia en América Latina (A propósito de dictadores y novelas). Publicado en Roland Forgues (ed.), *Mario Vargas Llosa, escritor, ensayista, ciudadano y político*, Lima, Editorial Minerva, 2001, pp. 277-301.